

# Introducción

Marcela Quiroz Luna

Y me vuelve la obstinación cuando empezó a resultar evidente que la partida estaba perdida, que la corteza de la tierra se iba convirtiendo en un cúmulo de formas dispares, y yo no quería resignarme, y a cada discontinuidad del pórfido que Vug me señalaba contenta, a cada vidriosidad que afloraba del basalto, quería convencerme de que esas eran solo irregularidades aparentes, que formaban parte todas de una estructura regular mucho más vasta, en la cual a cada asimetría que creíamos observar respondía en realidad una red de simetrías tan complicadas que no podíamos percibirla, y trataba de calcular cuántos miles de millones de lados y de ángulos diedros debía tener ese cristal laberíntico, ese hiper-cristal que comprendía en sí cristales y no-cristales. Italo Calvino. “Los cristales” en: *Tiempo Cero*.

Partamos de la idea de que los sitios (en este caso las ciudades) y sus estéticas tienen el potencial de ser leídos como indicadores de las condiciones sociales del contexto en el que se están inscritos. Pensando que el espacio, antes que el tiempo, es el primer depositario de las memorias colectivas.

Henri Lefévre definió la ciudad, entre otras precisiones, como el lugar donde se acumula la riqueza material e inmaterial de una sociedad. Me pregunto desde cuándo la balanza se vino inclinando de un solo lado; resultando así que la riqueza inmaterial, cuando mucho, se quiere crear un producto obligado (sin que esto implique la intención de obligarlo) de la riqueza material. Esto en el mundo de las ideas y los desinteresados. En el devenir cotidiano padecidos por quienes aun no cierran los ojos, la riqueza inmaterial de la ciudad es acaso algo que aún resta escondido entre las estrategias de apariencia que la ciudad soporta sobre sí misma. A este respecto, hablar sobre la ciudad y sus estéticas es hablar de supervivencias.

¿Que qué pueden ser las estéticas urbanas?

Trampas, consuelos, resistencias, velos, reflejos, intentos, pantallas, cristales, no cristales. ¿Son a la vista? ¿Son al tiempo? ¿Son al alma o al recorrido, fundaciones simbólicas, diferencias domesticadas, ira acumulando o resabios de historia?

Debieran ser, antes, durante y después de se lo uno o lo otro, procesos. Procesos que rebasen la vista, el cruce cotidiano, la inercia del pasajero, lo fragmentario. Por que la estética de un espacio urbano, que por definición habría que leerse público es o debiera ser precisamente lo público del espacio. Entendiendo lo público como la construcción social y si estética como comprobación de su logro o fracaso. Ya lo dijo Foucault: nuestra época es ésta en la que el espacio toma su forma de las relaciones que entre los sitios se establezcan.

Pero, cómo hacer para que ... lo que cubre y recubre a la ciudad en un supuesto intento por iluminarla, embellecerla, recordarla o actualizarla -generalmente en el escondido de las entrañas- no termine siendo imposiciones verticales elitistas sobre la horizontal, ni territorio sobre fertilizado para la publicidad; pero tampoco extensiones del cubo blanco. ¿Cómo hacer para que lo global no capture en la apariencia de lo homogéneo a lo local, volviendo a la ciudad cautiva de su propia imagen sin reflejo?

Será que la única manera en que una ciudad puede evitarse convertida en no lugar, es rescatarse como sitio antropológico. Que sea el uso u su memoria lo que defina a la estética, y no a la inversa.

Para eso se necesitan interacciones. Comunidades. Convivencias. Encuentros. Actitudes. Negociaciones.

Para poder ser leídas y en su interacción, fomentar comunidades más allá de las fachadas, las plazas, los parques y monumentos.

Dicen que los proyectos sobre sitios específicos, de la índole que sean, tienen la virtud de convertir al sitio en una especie de plataforma de comunicación. Habría entonces que, evitando a toda costa la unilateralidad de la plática, es decir el monólogo sobre el sitio (en el mejor de los casos), concentrarse en fomentar y detectar respuestas, ya en la increpación, la comunión o el juego para poder rescatar ante todo un sentido de pertenencia capaz de asentarse en la memoria individual y colectiva.

Para pensar y provocar a la práctica pública como espacio de articulación y puesta en evidencia del diálogo con urgencia reclamado entre la ética y la estética del ciudadano y su ciudad.

Calvino dijo también que no tenía ningún sentido dividir a las ciudades entre felices e infelices, sino de otras dos clases: *las que a través de los años y las mutaciones siguen dando su forma a los deseos, y aquellas en las que los deseos o logran borrar la ciudad, o son borrados por ella*. Lo interesante será, en el intento por acceder a la primer categoría, luchar decorosamente en la segunda, a sabiendas de que, en momentos de peligro, siempre será preferible que sean los deseos los que borren a la ciudad y no la ciudad a los deseos. •